La servilleta que devolvió una voz

Por Shyvirelle

Cuando murió su padre, Andrés encontró una servilleta de tela dentro de una caja de recetas. Estaba doblada en cuatro y tenía cuatro líneas escritas con tinta azul. La última comenzaba con una M y terminaba en una mancha que había borrado el resto.

La primera línea decía «Elvira, por abrir la casa». La segunda, «Tomás, por traer las mesas». La tercera, «Lidia, por prestar la voz». La cuarta empezaba «M…», y después apenas quedaba espacio para una palabra.

Andrés reconoció la comida: cuarenta años atrás, el barrio había celebrado el cierre de la antigua escuela antes de que la convirtieran en biblioteca. Su padre, entonces encargado de la cocina del centro vecinal, había organizado una mesa larga en el patio. En una fotografía aparecían platos prestados, guirnaldas hechas con papel y gente levantando vasos.

—La M es de Mateo —dijo su primo Raúl al ver la servilleta—. Si no salía en una foto, era porque la estaba tomando. Todo lo hacía Mateo.

Mateo había sido el vecino más conocido: presidente de la asociación, presentador de los actos, dueño de un altavoz que prestaba para cualquier fiesta. Hasta había una placa con su nombre en el patio.

Andrés lo anotó en una libreta, sin decidirse a completar la frase. Su padre nunca habría dejado una lista de agradecimientos a medias. Era un hombre que ensayaba en voz alta los nombres para no equivocarse. Quizá la servilleta fuese el borrador de un discurso que no llegó a pronunciar.

Elvira había fallecido. Tomás vivía lejos. Lidia, en cambio, atendía todavía un pequeño puesto de botones y arreglos. Cuando Andrés le enseñó la tela, ella no intentó leer la cuarta línea.

—Eso no estaba escrito para ordenar nombres —dijo—. Tu padre quería acordarse de los brindis.

Recordó el primero: Elvira había levantado el vaso en la puerta, dando la bienvenida a quienes habían ido sin invitación. Luego Tomás, de pie junto a las mesas, agradeció a los que llegaron temprano para cargarlas. Después le tocó a Lidia, porque el micrófono no funcionaba y ella tenía voz para hacerse oír sin él.

—¿Y después habló Mateo?

—Mateo dijo cosas durante toda la comida. Pero el cuarto brindis… No me atrevo a asegurarlo.

Lidia le mostró en la fotografía las tres zonas del patio donde había ocurrido cada intervención. Ninguna coincidía con el orden alfabético. Elvira, Tomás y Lidia estaban escritos en el orden exacto de aquellos tres brindis. No eran los invitados principales ni los más famosos: eran quienes habían hecho posible que todos empezaran a comer.

Andrés volvió a casa con la primera duda resuelta y la cuarta más grande.

La servilleta tenía una costura fina en el borde, deshilachada de tanto uso. Al desplegarla entera, vio una mancha azul oscura en la cara interior del doblez. No era parte de una letra. Parecía la media luna que deja un dedo entintado al sujetar una tela húmeda. Junto a ella había un pequeño pliegue forzado, como si alguien hubiese doblado la servilleta con una mano y escrito con la otra.

En otra fotografía del almuerzo, el padre de Andrés sujetaba una bandeja. A su lado aparecía una muchacha con las manos azules hasta los nudillos. Sobre la mesa había un cartón recién pintado con el dibujo de una puerta. Andrés le dio la vuelta a la foto: «Mina prepara la señal», había escrito su padre.

Aquella noche le pareció que ya tenía la respuesta. Mina era la M. Tal vez su padre le agradecía haber pintado un letrero y la había invitado a hablar. Pero una mancha no era una firma, y una fotografía no probaba quién había escrito sobre la servilleta.

Buscó a la segunda persona que todavía podía recordar la comida. Se llamaba Jacinta y había servido jarras de agua. Aceptó reunirse con él y con Lidia en el patio de la biblioteca, donde aún se conservaba un árbol de aquel tiempo.

Andrés extendió una reproducción de la servilleta para no dañar el original. Les pidió que contaran por separado lo que habían visto, sin enseñarles primero la fotografía de Mina.

Lidia repitió los tres brindis. Jacinta confirmó que después de su intervención hubo un momento de desorden: la gente empezó a pedir café, y varios tomaron la palabra a la vez. Recordaba con claridad que Mateo levantó un vaso, pero no si habló antes o después del postre.

—¿Y Mina? —preguntó Andrés.

Jacinta tardó en contestar.

—Mina pintaba las señales para que la gente encontrase la mesa de los niños. Cuando acabó, alguien le pidió que llevara una servilleta al señor de la cocina. Tenía el pulgar manchado de azul. Yo estaba llenando las jarras y me pidió agua para limpiarse.

—Entonces fue ella quien escribió la M.

—No he dicho eso —respondió Jacinta—. La vi llevar la servilleta. No la vi escribir.

Lidia señaló la media luna de tinta en el doblez.

—Si la sostuvo con aquel pulgar, la marca se explica. Y si la servilleta se dobló después, la última línea quedó justo bajo el dedo.

Andrés probó a plegar una tela limpia del mismo tamaño. La zona manchada coincidía con el lugar donde quedaba el pulgar de quien la llevaba por una esquina. La marca vinculaba una mano conocida con el último espacio escrito; no descifraba las letras que el tiempo había quitado.

—¿Y quién dijo el cuarto brindis? —preguntó él.

Las dos mujeres se miraron. Lidia pensaba que había sido una niña, tal vez para agradecer la comida. Jacinta recordaba una voz adulta que anunció que habría biblioteca. Ninguna quería convertir su recuerdo en una certeza por complacerlo.

Andrés guardó la servilleta. Durante años había imaginado la voz de su padre pronunciando una lista de nombres ilustres. Ahora podía escucharlo mejor en esos agradecimientos concretos: la casa abierta, las mesas cargadas, la voz que alcanzó el fondo del patio. Su padre no estaba redactando una dedicatoria; seguía el paso de una comida compartida.

En la libreta hizo cuatro entradas. En las tres primeras dejó los nombres y el orden de los brindis que Lidia había reconocido. En la cuarta escribió: «Una M incompleta. Es posible que Mina sostuviera la servilleta. No sabemos a quién se refería la línea ni quién pronunció el último brindis».

Al día siguiente llevó una copia a la biblioteca. La colocaron junto a la foto del patio, debajo de la vieja placa de Mateo. No quitaron la placa ni añadieron otra. Pusieron una hoja en blanco para que quien recordara algo pudiera escribirlo.

Jacinta fue la primera en acercarse. No escribió un nombre. Apuntó que el café se había servido demasiado pronto y que todos se habían reído. Lidia añadió que los niños se sentaron primero porque las sillas no alcanzaban.

Andrés leyó ambas notas en voz alta. Por un momento oyó de nuevo la comida: no un discurso perfecto, sino muchas voces buscando la forma de agradecer sin dejar a nadie fuera.